

II BIENAL DE LA HABANA

LAS INSTALA- CIONES

**Cómo entender
las instalaciones.
Un cuadro vivo
de Manuel Mendive,
que entra y desaparece.
En torno al Premio
de Marta Palau y
cómo entender
a Lani Maestro.**



El parchís,
instalación de
Leandro Soto.



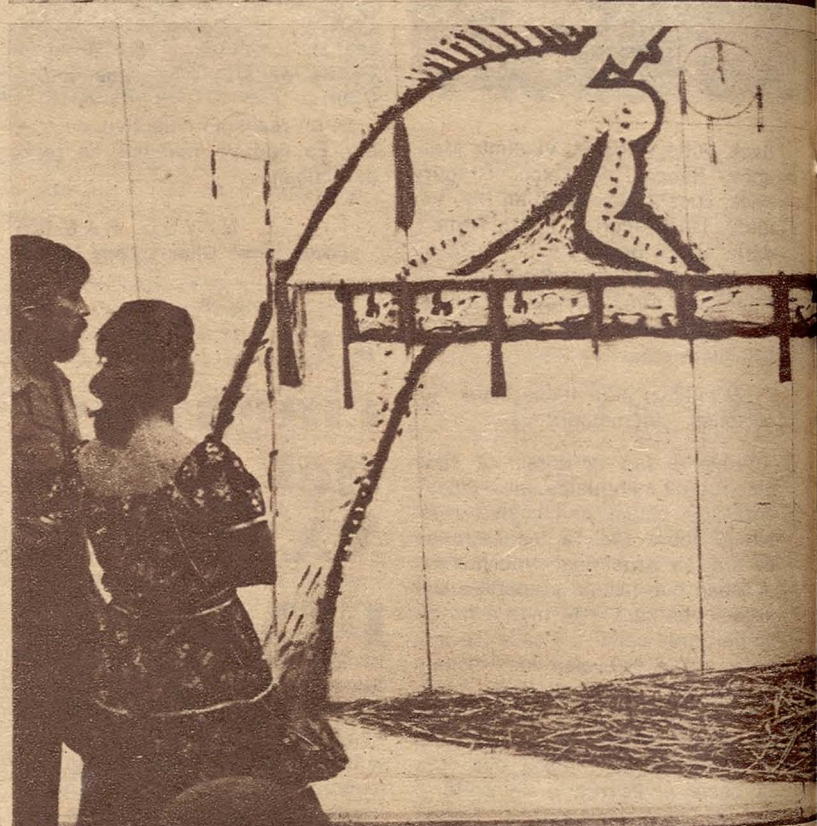
UN minuto antes de que la II Bienal de La Habana quedara formalmente inaugurada, en medio de una desbordante alegría colectiva, a las puertas del Museo Nacional, un individuo que mis lectores asiduos conocen ya mejor que yo, El espectador, me recibió con una sonrisa:

—¡Compadre!, —dijo— ¿dónde se había metido usted? ¡Oiga, esto es formidable, parece un carnaval! Mire la gente: lleno completo. Y lo que es mejor, la juventud se ha cogido esto para sí. Pero venga, venga, veamos primero las instalaciones, eso es divino.

Y sin más preámbulos me arrastró hacia la derecha, señalando con el dedo la instalación de Silvano Lora, de República Dominicana.

—Explíqueme esto, si puede —dijo enfático, casi tocándola con su mano—: Paisaje con plato vacío. ¿Quién se burla de quién? Si esto es un paisaje, que mi abuela resucite. ¿Usted lo entiende?

—Amigo, —le dije— puede que el paisaje no exista y puede ser que detrás de ese plato vacío exista un pensamiento filosófico o una sátira política. A lo mejor el plato significa que en República Dominicana la cosa está que arde y todos los platos están vacíos. ¿Qué tal? Como usted



puede ver, es un paisaje... que se las trae.

—Usted siempre lo justifica todo, como para no quedar mal con nadie. Mire esto otro, que es Premio, del cubano José Bedia: El golpe del tiempo. Yo no veo relación alguna entre el indio del caballo y el cangrejo que aparece a la derecha, que es cáncer. La explicación del jurado yo no la entiendo. Si aquí aparecieran mi retrato de hace veinte años y el de ahora, todo el mundo comprendería en qué consiste "el golpe del tiempo".

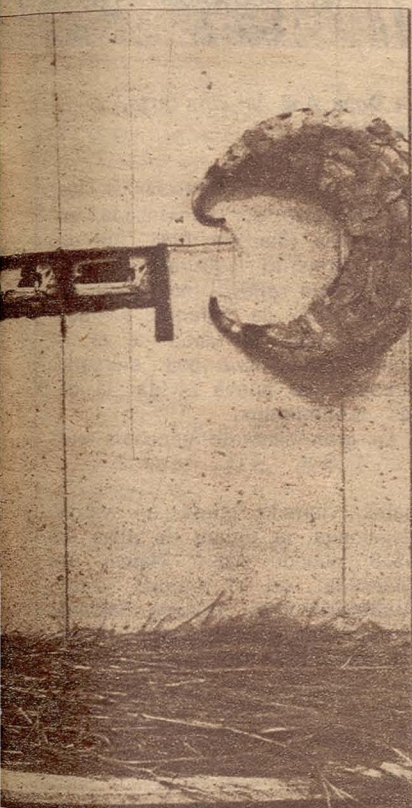
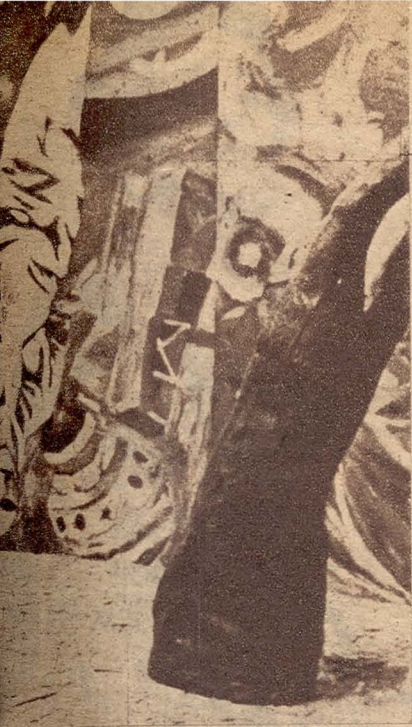
—Eso es un mal chiste —contesté—. La explicación del jurado a mí tampoco me dice nada, pero... Bedia es un muchacho que ha demostrado tener talento y como dibujante dispone de grandes recursos. Su composición está meditada, es buena y yo estimo que invita a meditar. El

parece preguntarse: ¿Qué cosa es la velocidad? ¿La vida consiste en un haz de paja? Las tiritas rojas tienen el valor de la sangre, que no vale nada. ¿Es mejor un millón de muertos que un edificio derribado? ¿Qué sentido tiene la vida? Fíjese: en esa instalación hay filosofía, pero algo hermética. Tenemos que estudiarla usted y yo, juntos, y escribir un libro.

—¿Ahora se burla usted de mí? Yo no soy escritor. Apenas si terminé el bachillerato.

—Homero tampoco. Muy pocos escritores están doctorados por la Universidad.

Estábamos frente a unos grandes barriles dorados, amenazantes. Me pareció que en el título de la instalación había cierto sarcasmo: Adelante con la confianza, de Rolando Peña, venezolano. Eran barriles de petróleo.

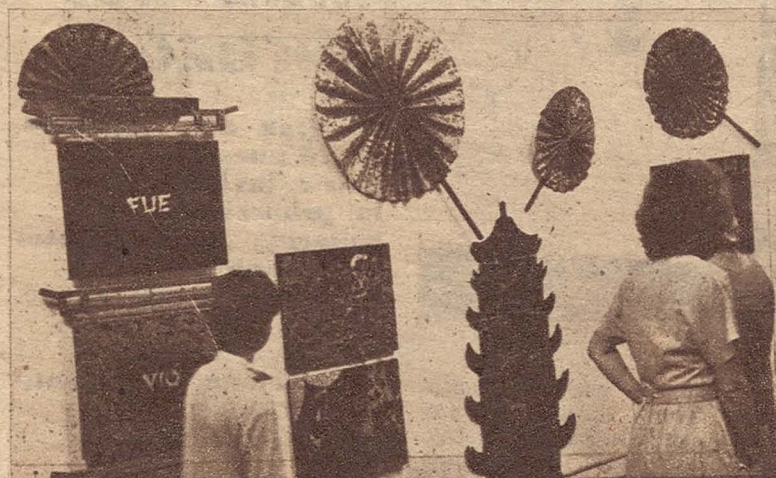


Instalación de Humberto Castro.

rectángulo de tierra negra, de unos 3 metros por cada lado, retenida por listones de madera, como si existiera el propósito de iniciar allí un jardín.

—Seguramente —dije— alguien traerá una semilla y como por arte de magia crecerá una planta, que veremos desarrollarse en pocos segundos, y brotarán flores, con sus pétalos, y a con-

de bailar a un ritmo suave y cadencioso, lento. El rectángulo de tierra era reducido, las jicoteas numerosas y la paloma inmaculada; todos tenían que desplazarse, y si algunos tropezaban con otros, o se daban pisotones, nadie era culpable ni excusarse estaba en el programa. De pronto un danzante alzó la voz; los tambores arreciaron; el movimiento adquirió mayor viveza; las voces crecieron; las jicoteas fueron apartadas; la paloma mantuvo



Síndrome de Marco Polo, instalación de Flavio Garcíandía.

tinuación los frutos, que veremos transformarse en nuestra presencia, hasta madurar, y ese alguien (seguramente un artista) los tomará en sus manos y empezará a devorarlos ante nuestros ojos asombrados, y todos, usted y yo y gran número de los presentes aplaudiremos frenéticamente, porque un espectáculo así, tan inusitado y en verdad maravilloso, aunque no sea pintura, ni escultura, ni grabado, fotografía o cerámica, tiene en sí todos esos atributos en potencia, y será preciso darle un premio.

El Espectador me miró de hito en hito, como en las novelas policíacas, y en ese momento se escuchó un tan-tan, lejano y misterioso, anunciando los presagios de la selva. "¡Ahí viene el cortejo!", murmuró mi amigo El Espectador, que presume de haber leído a Rubén Darío. En efecto, poco después surgieron de entre la multitud los primeros danzantes, hombres y mujeres bellamente decorados por Manuel Mendive, sin otra vestimenta que ligeros taparrabos. Todos se contoneaban y emitían voces lastimeras, quejidos, murmullos, roncneos, silbidos, imitando un cortejo de ánimas dolientes, sin dejar de oscilar y moverse, ondulantes ellas y ellos, y así fueron penetrando en mi supuesto jardín. Una mujer —bellísima, por cierto, una Venus taína—, llevaba en su mano derecha una paloma blanca y algunos de los hombres transportaban jicoteas con decoraciones mendivescas, sin dejar

su pureza y... ¡zas!, después de un giro en alto, todo concluyó como había empezado, lento y misterioso, de regreso a la selva.

—¡Tremendo show! —me gritó El Espectador al oído—. ¡tremendo show!

Un nutrido aplauso del público presente confirmó las palabras de mi amigo, que no cesaba de mirar con ojos devoradores a la Venus taína.

—¿Qué le parece la hembra de la paloma? —me preguntó después de un rato—. Es bella, ¿verdad? Deberían decir los nombres de los artistas, ¡qué caray!

—Creo que tiene razón. Es un grupo pequeño y todos contribuyen a realzar la idea de Mendive, a expresarla. Supongo que también existe un coreógrafo, pero... ¿quién? Y los percusionistas. Todo el crédito se lo lleva Mendive, pero la obra como espectáculo es colectiva. Una cosa es idear una pintura, pintarla, y luego representarla, con tan-tan por añadidura.

—¿Y no se verá más?

—Tengo entendido que de esta representación se hizo un video. Falta por saber si podrá ser visto en el propio museo o por la televisión.

—¿Quiere usted decirme que el cuadro, o lo que sea, no estará aquí "de cuerpo presente"?

—Se trata de un "cuadro vivo", pero lo único que veremos de ahora en adelante será este rectángulo de tierra. Mi "jardín" hubiera sido más duradero. ¿Vamos?

Cerca de allí vimos una mención del jurado, Por América, de Juan Francisco Elso Padilla. Una pobre escultura de José Martí, machete en alto, camino por un terreno desolado. Para algunos de los presentes el conjunto era "una falta de respeto". Un viejo pintor que ha viajado mucho, que ha participado en las dos bienales, sentenció: "Hasta aquí no llego; todavía amo al pincel". Mi amigo El Espectador se rascaba la nariz. Luego dijo, o leyó:

—El jurado entiende que este trabajo constituye un símbolo de la América Latina y el Caribe, secularmente oprimidos. Yo entiendo que Martí simboliza a todos los hombres de todo el mundo, y sobre todo la rebeldía, conjugada con el amor, y el ansia de libertad, libertad con decoro, porque según él "luchar es vencer". Este hombre que vemos aquí no lucha, deambula; tampoco enarbola un machete, lo arrastra. Además, da la impresión de ser un hombre mudo, ¡Martí que era el verbo! No, no comparto la opinión del jurado. ¿Y usted?

—Prosigamos el recorrido —dije, acercándome a la instalación de Humberto Castro, que no hizo lo que me había dicho que haría, "los cuatro elementos". En lugar de ellos situó algunas esculturas patas arriba sobre un picotillo de espejos, con un fondo monocromo color malva ¿o verde? Por la noche todos los gatos son pardos—. ¿Le gusta, amigo mío? —La respuesta de El Espectador fue escueta y cortante:

—¡No!

—Pasemos entonces a examinar otro premio, de una filipina, Lani Maestro. A casi nadie le gusta y sin embargo yo estimo que es uno de los más afortunados concedidos por el jurado. Se titula *In the dark depths* (En las profundidades oscuras).

—Puede que este trabajo tenga cierto valor político, pero aquí yo no veo más que una superficie negra y sucia con rayitas. ¿Eso es pintura?

—En mi humilde opinión las escuelas de arte no hacen falta para nada, pero ya que existen es mejor asistir a ellas y aprender algunas reglas que luego se tiran por la borda. La joven Lani (sólo tiene 29 años) no quiso pintar un cuadro "bello" o simplemente "agradable"; lo que ella quiso fue pintar con el alma y dar un testimonio, de esos que son irrefutables por auténticos, y quiso pintarlo con la mayor sobriedad, sin patetismos espúrios ni sentimentalismos, un documento escueto y brutal, como el mensaje de alguien que va a morir al pie de la horca. Cualquiera puede haber vivido la tortura y eso no lo capacita para pintar un cuadro así, como se

El golpe del tiempo, de José Bedía. Premio.

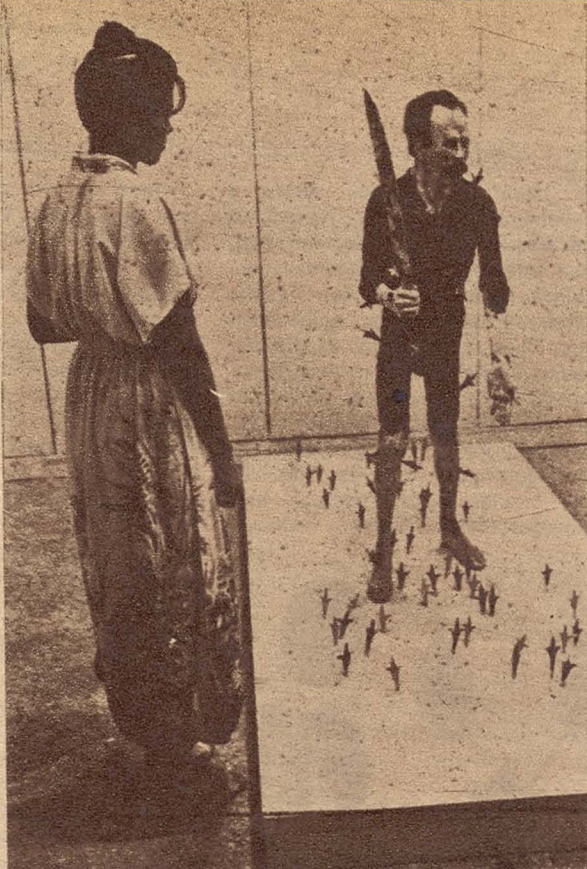
oro negro, qué tanto dolor y sangre le ha costado a Venezuela. Algunos pendían del cielo y planteaban la posibilidad de caer y destrozarse lo que hubiera debajo: en esa "confianza" (peligro) está Venezuela. Se lo dije a mi acompañante.

—¿No es lo que digo? —grité—. ¡Para todo una explicación que nadie le ha pedido! ¿Podría explicarme este trabajo de otro venezolano, Manuel de la Fuente, titulado *Enajenación*?

—Esta instalación se explica por sí misma. Observe la cama de goma y el televisor, y lo que hay dentro del televisor, de todos los televisores: enajenación, enajenación, enajenación...

Mientras caminábamos, tropezamos inesperadamente con un

Instalación de Elso Padilla, mencionado por el Jurado.



puede vivir una extraordinaria novela y otra cosa es escribirla. ¡Viva Laní, maestro!

—El cuadro sigue sin gustarme, pero me ha convencido. Retrocedamos un poco para que me dé su parecer de dos instalaciones, la de Leandro Soto y la de Flavio Garcandía, dos genios de la plástica cubana.

—En la plástica cubana —le rectifiqué— todos son genios, o por lo menos todos se lo creen. Leandro Soto jugaba de niño al parchís y era de esperarse que algún día construiría uno gigante, con la idea perversa de que nadie más pudiera participar en el juego. Es cosa de niños. A Leandro le sobra ingenio y voluntad y seguramente nos regalará con otros juegos tan hermosos como este y para disfrute colectivo. En cuanto a Flavio, que podría pintar tan bien o mejor que el mismísimo Da Vinci, sigue entretenido con el juego, como Leandro, y ahora se nos aparece con el síndrome del Shogún... ¡digo!, de Marco Polo, sólo que en lugar de utilizar imágenes de japoneses acude a la simpática y popular imagen de Elpidio Valdés, es decir acude a un material pop, con recursos intelectualoides, y se enreda en sus propios hilos. No es que su instalación sea fea; es que no dice nada. ¿Ya?

—Todavía no, faltan algunas. ¿Qué le parece lo de Rodríguez Brey, que ya tiene 7 premios encerrados en una caja fuerte?

—¿Y para qué guardarlos con tanto cuidado? Nadie se los va a robar. Brey no tenía ganas de trabajar y se contentó con traernos una palma de tres colores. Es más interesante lo de Francisco Codinah, aunque no ha llamado mucho la atención. Tampoco Nelson Domínguez con su Poste funerario.

—Usted se equivoca, amigo. Lo de Nelson se titula *De profundis*. Me parece un trabajo serio y profundo. Además, ha dejado la huella del pintor.

—Eso sí. Usted se fija mucho y cada vez necesita menos de mí. ¿Y qué le parece lo del venezolano Ismael Mundaray y su proyecto *Modelo*?

—¿Este de la vela? No lo entiendo, es muy aparatoso.

—¿Y el de Arturo Cuenca?

—Explíquemelo usted, yo no entiendo de modas.

—Yo tampoco. Arturo Cuenca tiene tanto talento que no le cabe en el cuerpo y lo desperdicia. Su trabajo tiene detalles en cuanto a realización, buenos detalles, pero se malogra por eso que le digo: arrastra muchos desperdicios. Si él pudiera concentrarse un poco más le daría la patada a la lata. ¿Se fijó usted en lo que mandó la mexicana Rosa Luz Marroquín?

—Sí. Tal parece que le sobran sarapes y no supo qué hacer con ellos.

—Amigo Espectador, usted se pone cada vez más crítico. ¿Quién nos queda?

—Está la escultura blanda de Osneldo García. Era muy superior y además con movimiento lo que hizo la vez anterior. Se quedó corto.

—¿Y Consuelo Castañeda?

—Sus tiburones no me convencen. Si Hokusai los viera, se levantaría de su tumba. Y no habremos de Boticelli, el pobre; todavía sigue enamorado de La Simoneta.

—¿Se acabó el pastel?

—Se acabó.

—Entonces, abur...

ELE NUSSA

Fotos de
Ricardo Barrero

VICTORIA DE LOS ANGELES

Un largo y simbólico abrazo

La gran diva española visitó nuestra patria invitada por la primerísima bailarina Alicia Alonso. El público de La Habana, que colmó la sala García Lorca del Gran Teatro, la ovacionó largamente en sus dos presentaciones allí.



La Doña Ana del Don Juan, de Mozart.

EL paso de Victoria de los Angeles por La Habana, en este mes final de 1986, fue un acontecimiento cultural de extraordinario relieve, inolvidable en el recuerdo de quienes tuvimos el privilegio de asistir a él, y sobre todo para esa memoria nuestra que nunca olvida: la de los sentimientos.

La gran cantante española nos

había visitado antes en varias ocasiones, la última de ellas en 1958, cuando cantó *Manon*, de Massenet, en el antiguo Teatro Auditórium (hoy Amadeo Roldán). Durante su primer viaje a nuestra patria, en 1949, había cantado en Santiago de Cuba el personaje de la Condesa de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart.

Pero entonces el género operístico estaba casi reservado para una minoría, la de quienes tenían acceso a las formas más elaboradas de la cultura universal y podían, además, pagar los costosos abonos de palcos y lunetas en los teatros de ópera. Así, me atrevo a afirmar que los primeros contactos de Victoria de los Angeles con nuestro pueblo fueron sólo el inicio de un largo y simbólico abrazo que vino a quedar sellado ahora, en este nuevo encuentro que la excepcional artista —según sus declaraciones para la prensa cubana a su llegada— tanto anhelaba.

LA HIJA DEL BEDEL DE LA UNIVERSIDAD

Nacida en el propio recinto universitario de Barcelona, se sabe



En el Gran Teatro de La Habana.